

EDWARD BAKER

**LA BIBLIOTECA
DE DON QUIJOTE**

Marcial Pons Historia
2015

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
AGRADECIMIENTOS.....	11
PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN.....	13
ADVERTENCIA PRELIMINAR.....	17
AL LECTOR.....	19
CAPÍTULO 1. <i>DON QUIJOTE</i> Y LA INVENCION DE LA LITERATURA.....	25
Hacia la invención de la literatura	25
Antiguos y modernos.....	33
Los libros y sus lectores.....	38
El autor entre el mecenas y el mercado.....	49
Bibliotecas	66
Una cuestión de taxonomías	74
Otro prólogo: gramáticos y fabuladores	83
CAPÍTULO 2. LAS BIBLIOTECAS DEL <i>QUIJOTE</i>	89
La biblioteca de don Quijote	90
Deseo, lenguaje, proyecto.....	93
Los libros de don Quijote	98
Taxonomía y economía de una biblioteca ficticia	105
Una utopía discursiva: los libros y la biblioteca.....	131
La biblioteca del «zurdo» Palomeque y sus lectores	138
Los desocupados lectores.....	143
La biblioteca del Caballero del Verde Gabán.....	149
Hacia los caminos de la Mancha	154

	<u>Pág.</u>
EPÍLOGO. EL IDIOTA EN SU TEXTO	157
APÉNDICE DOCUMENTAL	165
BIBLIOGRAFÍA	177
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	187

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La biblioteca de don Quijote, un ensayo de crítica literaria escrito entre el verano de 1994 y el de 1996, respondía a dos motivos, de los cuales uno era confesable y el otro no tanto. Han pasado cerca de veinte años y es hora de confesar que este último motivo consistía en un vulgar y freudiano escaqueo, en que hice cuanto humanamente pude por no escribir un libro que me parecía extremadamente complicado y de todo punto superior a mis fuerzas. El tal libro versaba o debía versar sobre la formación en España, a partir de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, de una literatura propiamente nacional con su canon de autores y obras, amén de las instituciones políticas y culturales que le daban mimbres. El confesable, en cambio, era una cuestión de taxonomías discursivas y la lógica histórica de las mismas.

Este es el meollo de *La biblioteca de don Quijote*. El orden taxonómico de los libros que, merced a la enajenación de su patrimonio, el descabalado hidalgo manchego consiguió reunir en su casa resultaba peculiar y algo más que peculiar porque su biblioteca se parecía más bien poco a las de la España de 1600. Mientras que estas ostentaban una variedad considerable y una presencia muy visible de los libros de devoción, la del hidalgo se componía exclusivamente de obras que a la sazón eran simplemente de *entretenimiento* y que en nuestras clasificaciones forman parte de la literatura. O sea que hace cuatro siglos la clase de libros que poseía el hidalgo ocupaba zonas más bien

marginales respecto a la cultura dominante, mientras que actualmente son, y desde hace un par de siglos han sido, el soporte imprescindible de la cultura nacional española.

Para *La biblioteca de don Quijote* me propuse leer la biblioteca entera, compuesta de más de trescientos *cuerpos*, como un solo texto que tenía y tiene una serie de significaciones y funciones dentro del *Quijote*. Puede decirse que mi ensayo fue un intento de dar respuesta a una contradicción surgida en el interior de aquel texto, porque los libros que lo componen son reales mientras que el texto en sí es ficticio, pues no había en aquel tiempo colecciones de libros de una cierta envergadura compuestas íntegramente de libros de entretenimiento. Argumenté, a continuación, que la biblioteca del hidalgo enloquecido y metido a caballero andante era *literaria* en el sentido que nosotros atribuimos a esa palabra y, además, que don Quijote leía sus libros más o menos como leemos nosotros. Sin embargo, nosotros leemos en el marco de una serie de instituciones políticas, educativas y culturales inexistentes en tiempos de Cervantes, y don Quijote llenaba esas ausencias determinadas, ese vacío de soportes institucionales, de su locura.

Naturalmente, corresponde al lector decir si realicé mejor o peor estos y otros propósitos.

Por otra parte, se acerca el cuarto centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote* y la reedición de esta obra responde a un objetivo conmemorativo. La cultura conmemorativa se configuró en España, lo mismo que en otros países, en el marco del nacionalismo decimonónico y del Estado liberal. Se fue constituyendo a nivel estatal mediante la fusión de la política y la cultura, pero con el tiempo entraron en juego otras instancias institucionales, en primer término la Iglesia y, más adelante, las corporaciones municipales, las asociaciones profesionales, los partidos políticos y las formaciones sindicales, y en fechas más recientes las Comunidades Autónomas. Dicha cultura es un aspecto esencial de lo que a mediados de los ochenta del siglo pasado Juan Sisinio Pérez Garzón dio en llamar *la nacionalización del pasado*. Dentro de aquel accidentado proceso, la cultura conmemorativa se componía y se compone de envites identitarios que tienen sus tiempos y sus espacios, es decir, los

días y años de guardar y los lugares de memoria y desmemoria, y un temario dotado de una plasticidad enorme.

Y va, acaso sin necesidad, a más. En la última semana de mayo de 1881 se celebró el segundo centenario de la muerte de Calderón, festejo que acusó ya una cierta inflación. Porque doce años antes y a remolque de la Septembrina se inauguró el Panteón de Hombres Ilustres en San Francisco el Grande. Hubo en Madrid desfiles con carrozas, charangas, fuegos de artificio y un rosario de discursos, y todo duró unas horas. Para el centenario de Calderón, cabeza de serie, se produjo un despliegue de medios verdaderamente espectacular durante una semana entera, mientras que once años después, en 1892, las celebraciones de la primera travesía de Colón ocuparon buena parte del año, lo mismo que en 1905 las que hubo en torno al cuarto centenario del *Quijote*. Y fue el momento en que la magna obra de Cervantes se acabó de transformar en la «Sagrada Escritura» de los españoles. Cien años más tarde, en una España que en 2005 estaba plenamente integrada en Europa y en una economía global y boyante, con tecnologías de comunicaciones modernas, un sistema educativo en fase de expansión y una industria cultural que funcionaba a tope, el festejo se multiplicó por muchos enteros.

No me opongo, no, pero me permito señalar una contradicción. Como observó Juan de Mairena, el apócrifo de Antonio Machado, en un razonamiento proustiano donde lo haya, mal podemos recordar lo que nadie ha olvidado. ¿Ha olvidado alguien el *Quijote*? Todo parece indicar que no es así. Ahora, ¿significa esto que cuanto se ha hecho en los diferentes centenarios ha sido superfluo? No necesariamente, pero la lógica inflacionista ha sido imparable. De unas décadas a esta parte ha habido una tendencia a hacer cultura a golpe de efemérides y, por lo mismo, con criterios de espectáculo, cuando la creación y la transmisión de la cultura no es eso sino un día a día. Bien está que festejemos este cuarto centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote*, pero no vayamos a perder de vista que más allá de los despliegues conmemorativos, algo tenemos de *locuertos* y todos los días de nuestra vida son días quijotescos.

Seattle, agosto de 2014.

AL LECTOR

La biblioteca de don Quijote es un breve ensayo que gira en torno al tema del cervantino hidalgo manchego enloquecido por la lectura de los libros de caballerías. No tiene otra pretensión que la de poner en práctica la observación de un historiador de los impresos, Jean M. Goulemot: «La historia literaria, a mi modo de ver, tal como se comienza a pensar y escribir y debe practicarse de ahora en adelante, no se puede construir al margen de los trabajos de los historiadores del libro y de la lectura» (1995: 221; trad. E. B.). Pero, y ¿no es esto lo que han hecho los cervantistas cuando menos a partir de la edición del *Quijote* que publicara don Diego Clemencín en los años treinta del pasado siglo? La respuesta es forzosamente dubitativa: sí y no. Un *sí* rotundo si nos atenemos a la atención que durante más de siglo y medio han prestado los estudiosos a las lecturas del apacible hidalgo metido a caballero andante, y muy en especial a las caballerías. Un *no* desde luego menos rotundo y cuya negatividad va acompañada de atenuantes, pero que no deja por ello de ser un *no*.

La justificación de esta última respuesta creo que es preciso ir a buscarla a la historiografía del libro español. La historia de los impresos en España se ha orientado predominantemente hacia la bibliografía en general y las tipobibliografías en particular, con una marcada presencia de la bibliofilia. La tradición bibliográfica española ha sido duramente criticada en fecha no

muy lejana por un autorizadísimo exponente de aquella ciencia, don José Simón Díaz, quien, al referirse en concreto a las tipobibliografías, hace la siguiente aseveración:

«La Bibliografía española dista mucho de ofrecer en este campo [entiéndanse las tipobibliografías, E. B.] —como en todos los restantes— un panorama positivo, ya que lo existente no surgió como fruto de planes sistemáticos y rigurosos, sino de ocurrencias individuales e inconexas, carentes de una metodología común, [...]».

Añádase la dificultad nacida de la dispersión internacional de gran parte de los fondos necesarios y el insuficiente conocimiento de lo conservado en nuestros establecimientos públicos, donde la imposibilidad de prestar la debida atención a los libros antiguos por escasez de personal se disculpó muchas veces en las memorias justificativas, aludiendo a la existencia de un fondo constituido por “obras escolásticas sin ningún valor”» (1991: 7).

Sin embargo, aquello que Simón Díaz denomina «bibliografía romántica» —Gallardo, Salvá, Gayangos, etcétera— tiene un aspecto que me parece altamente positivo: su amor al dato. Aquella vocación empirista ha determinado, a su vez, el enfoque del tema de los libros que poseía don Quijote, en particular entre quienes han hecho ediciones comentadas del *Quijote*. Los editores y comentaristas históricos —Clemencín, Rodríguez Marín y un largo y honroso etcétera— documentaron incansablemente las ediciones de los libros, y no únicamente los de caballerías, que el enajenado hidalgo poseía. Por otra parte, los máximos conocedores de los libros cuya máquina mal fundada denostara Cervantes —don Pascual Gayangos en el siglo XIX y Martín de Riquer y Daniel Eisenberg en la actualidad— nos han proporcionado excelentes estudios y, en el caso de Gayangos y Eisenberg, catálogos de los mismos. Además, se ha intentado catalogar la biblioteca del hidalgo en dos ocasiones, primero en el tricentenario del *Quijote* celebrado en 1905 y, a continuación, en 1976, y en fecha más reciente Eisenberg ha elaborado el catálogo de una biblioteca hipotética —aunque no por ello irreal— del propio Cervantes, basada en parte en la perteneciente al personaje creado por él. A mi modo de ver, la labor de los editores, estudiosos

y bibliógrafos ha sido altamente positiva, entre otras razones porque ha puesto al alcance de incontables lectores no especializados —quien esto firma *ex illis est*— un minucioso conocimiento de los libros que leía don Quijote. Huelga decir que aquel legado es la condición de posibilidad del presente trabajo.

Sin embargo, por lo que al *Quijote* respecta no está claro que a estas alturas convenga seguir única y exclusivamente por el camino abierto por la tradición bibliográfica, y ello por diversos motivos. Más allá de la bibliografía hay cuestiones que se han desatendido total o relativamente como, por ejemplo, las taxonomías discursivas y las prácticas de lectura, temas que son el meollo de este ensayo. Tienen sumo interés las taxonomías para el recto conocimiento de la biblioteca de don Quijote porque lo que la tradición bibliográfica y erudita no se ha planteado es el significado del conjunto de los libros que el hidalgo se había comprado, su organización interna y la función que como campo semántico desempeña aquel conjunto dentro de la historia que cuenta Cervantes. Por lo que a la lectura respecta, parece ocioso recalcar el hecho de que el primer *Quijote* es uno de los libros más librescos que se hayan escrito en lengua castellana y que la locura del protagonista es inseparable de una determinada forma de plantear la lectura y de poner en práctica lo planteado.

Ahora, en el terreno de las taxonomías, el primer escollo a evitar es aquel en que con harta frecuencia se estrella nuestra historiografía literaria, el presentismo o, como dice Fernando J. Bouza Álvarez, el actualismo. Este historiador de la cultura impresa de los siglos modernos aborda el problema de un «precondicionamiento epistemológico» en el marco de la historia del libro y de las bibliotecas: ¿cómo hemos de adaptar nuestra mentalidad, nuestro haber ideológico, a la configuración de una biblioteca de hace tres o cuatro siglos cuyos principios de organización no se amoldan en absoluto a nuestra concepción del mundo y a las taxonomías discursivas que son consecuencia de ella? En un comentario acerca del actualismo, Bouza Álvarez recomienda que procuremos en lo posible buscar la lógica interna y estructural de las bibliotecas modernas:

«[D]onde parece estar más y mejor asentado este actualismo es en materia de ordenación y clasificación de los fondos de las bibliotecas clásicas. Por regla general, se suele buscar en ellas el esbozo de las que hoy disfrutamos y, en consecuencia, son analizadas desde la perspectiva de lo que les falta o lo que les sobra para alcanzar las clasificaciones contemporáneas, olvidando que las *series* de disciplinas altomodernas pueden ser la génesis de lo que después conoceremos, pero responden autónomamente a un orden irrepetible y exclusivo que corremos el riesgo de no entender si le imponemos el que es nuestro, pero no el suyo. Para evitar los riesgos de este indudable pre-juicio epistemológico habrá que reconstruir la *ratio* a que respondían las bibliotecas formadas durante los siglos XV, XVI y XVII...» (1992: 125).

Es, pues, uno de los propósitos fundamentales de este ensayo «reconstruir la *ratio*» a que respondía la biblioteca de don Quijote. Y no es fácil tarea porque se trata, en último término, de un asunto que la historiografía literaria apenas ha comenzado a plantear, a saber, la historicidad de la formación discursiva literaria y el más que problemático lugar que dicha formación ocupaba o dejaba de ocupar en la configuración de la cultura española moderna. Debo precisar que utilizo la palabra «literatura» con el propósito de situarme en el punto de encuentro entre dos acepciones distintas y hasta encontradas de aquella voz. Por un lado, está lo que de dos siglos a esta parte venimos llamando así y que engloba las bellas letras: la poesía, la novela, el teatro, y junto a ello una determinada concepción, surgida en pleno romanticismo, de la autoría, y una serie de instituciones sociales, culturales y escolares que nos sitúan ante el texto de la literatura concebida como conjunto.

Mas por *literatura* se entendía normalmente en tiempos de Cervantes *litterae humaniores*, la totalidad de los saberes humanísticos. Totalidad que, ciertamente, no descartaba la poesía pero que no solía dirigir su mirada legitimadora a los libros de entretenimiento en general y, en particular, a las fábulas en prosa que engrosaban las filas de la lectura recreativa: las caballerías, los libros de pastores y los de pícaros, los relatos novelescos de aventuras y de tipo amoroso y un abigarrado etcétera cuyos límites eran y son difíciles de concretar. Estos libros y todos los

que entendemos por literarios gozan actualmente de un estatuto privilegiado surgido en el interior de las instituciones que dan primacía a las culturas nacionales, a las lenguas vulgares en las que se fundamentan tales culturas, y a las obras imaginativas que en ellas están escritas. Obras que proporcionan un terreno abonado para el cultivo de una subjetividad que, a partir del romanticismo, descuella como característica fundamental de una cultura propiamente burguesa. El *Quijote* es un punto de encuentro, acaso el más visible y llamativo de la España moderna, de estas dos concepciones de *la literatura*.

La cuestión de la lectura es por igual espinosa. Porque, si nos atenemos a las palabras de Goulemot, el caso de don Quijote es un tanto paradójico, ya que el historiador galo se refiere a libros y lectores reales mientras que el personaje de Cervantes era un lector ficticio de libros empíricamente existentes, cosa, empero, común y corriente en las obras literarias. *La biblioteca de don Quijote* aspira a moverse en el espacio que esta paradoja abre y que la crítica tradicional no ha rastreado apenas. Ello se debe, creo, no a una insuficiencia interna de la crítica, sino a que el tema se plantea más allá de los límites de la bibliografía, la erudición y los planteamientos críticos de corte filológico y estilístico. Pero como veremos con algún detalle en el transcurso de este trabajo, en el terreno de las taxonomías discursivas y las prácticas de lectura, es preciso abordar otra paradoja: no cabe duda de que los libros del hidalgo son reales, mas *es ficticia la biblioteca*. Así que debemos prestar atención a lo que aquel conjunto de libros significa *como construcción textual* y a la función que esta desempeña en la ficción cervantina, tarea que no se puede realizar si no se contrasta la biblioteca del hidalgo manchego con otras privadas reales y existentes de la España moderna.

La crítica cervantina ha prestado mucha más atención a lo que leía don Quijote que a la manera y las condiciones en que leía. Ello viene determinado en parte por el peso de la tradición bibliográfica, mas hay un hecho cierto que atañe a la historiografía y la crítica literarias. Los filólogos nos hemos ocupado con preferencia de autores y textos, pero son muy recientes en España los estudios acerca de la lectura. Además, es lógico que así sea, pues los autores y las obras dejan huellas más o menos

visibles mientras que la lectura es una actividad que tiende a esfumarse. Pero hay otra razón que está relacionada con la singularidad del personaje cervantino, y es que su modo de leer no llama apenas la atención porque, salvedad hecha de una literalidad y un comportamiento obsesivo cuyo desenlace es la locura, no parece revestir a nuestros ojos peculiaridad alguna, pues en lo fundamental don Quijote leía como leemos nosotros. Y en esto precisamente estriba su peculiaridad porque, bien mirado, no parece razonable que un demente de 1600 leyera como hoy leemos y, sin embargo, en aspectos que son fundamentales es así. Esta anomalía reviste una engañosa familiaridad que, a la manera del formalista ruso Viktor Chklovsky, debemos desfamiliarizar. Es la labor de desfamiliarización —*ostranenie* en lengua rusa— la que en un primer momento me atrajo al tema de la biblioteca de don Quijote y que me hizo escribir a continuación las páginas de las que el lector, lo mismo que el que se evoca en el prólogo de *Don Quijote*, «dirá todo aquello que le pareciere».